



**DONDE
EL ECO
PERSISTE**

MARCOS ALTABLE PÉREZ

DONDE EL ECO PERSISTE

Marcos Altable Pérez

Derechos de autor

© 2025 Marcos Altable Pérez

DONDE EL ECO PERSISTE

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro—sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo en los casos de cita breve para fines críticos o académicos conforme a la ley.

Esta obra es una creación original de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, lugares o eventos, es puramente coincidente y producto de la imaginación del autor.

El autor declara ser el único titular de los derechos patrimoniales y morales sobre esta obra, la cual se encuentra protegida conforme a la legislación vigente sobre propiedad intelectual.

*A Eva,
por los días que no necesitan palabras para ser inolvidables
y por acompañar incluso en las páginas en blanco.*



*Lo que algunos llaman locura no es más que la lógica llevada a su
extremo.*

— EDGAR ALLAN POE

*No hay necesidad de una cámara para fabricar un fantasma; nuestra
mente basta.*

— EMILY DICKINSON

La verdadera patria del hombre es la infancia.

— RAINER MARIA RILKE

Había en mí un rumor de pasos que no eran míos.

— ALEJANDRA PIZARNIK

Carta al lector

O por qué este libro existe

No quise contar historias. Quise escuchar lo que no se había dicho. Lo que no cabía en una narración. Lo que quedó al margen. Lo que no supimos cómo nombrar, y sin embargo nos acompañaba.

Este libro no parte de una idea. Parte de un temblor. De la sensación de que hay gestos, ausencias, ecos, que merecen permanecer aunque nadie los haya registrado. Escribí para dar forma a lo que se estaba borrando: una palabra que no se dijo a tiempo, una presencia que no dejó huella, un silencio que pesaba más que cualquier grito.

Cada texto de este libro es una tentativa. Un intento de alcanzar algo que ya se estaba yendo. A veces se logra. A veces no. Pero incluso en el fracaso de decir, algo queda. Un eco. Una fisura. Una persistencia.

No hay una línea argumental. No hay una voz única. Pero hay un hilo subterráneo, como un murmullo que atraviesa todas las piezas. Quien escuche con atención tal vez lo oiga. No lleva nombre. Solo insiste.

Este libro no busca explicar. Solo quiere acompañar. Ser un lugar donde lo no dicho, lo apenas recordado, lo que no se escribió nunca, pueda por fin encontrar una página.

Gracias por detenerte a escuchar. Gracias por estar ahí, aunque sea en silencio.

Marcos Altable
Agosto de 2025

Índice

<i>Prólogo</i>	13
<i>El fondo no existe</i>	15
<i>Comentario del autor – El fondo no existe</i>	19
<i>La vecina del quinto</i>	21
<i>Comentario del autor – La vecina del quinto</i>	27
<i>La cinta</i>	29
<i>Comentario del autor – La cinta</i>	35
<i>El cuarto sin pared</i>	37
<i>Comentario del autor – El cuarto sin pared</i>	41
<i>Donde el eco persiste</i>	43
<i>Comentario del autor – Donde el eco persiste</i>	47
<i>El apagón</i>	49
<i>Comentario del autor – El apagón</i>	53
<i>El número 13</i>	55
<i>Comentario del autor – El número 13</i>	59
<i>La niña del retrato</i>	61
<i>Comentario del autor – La niña del retrato</i>	65
<i>La misma nota</i>	67

<i>Comentario del autor – La misma nota.....</i>	<i>71</i>
<i>Detrás del marco.....</i>	<i>73</i>
<i>Comentario del autor – Detrás del marco.....</i>	<i>77</i>
<i>Allí donde aún hablan.....</i>	<i>79</i>
<i>Comentario del autor – Allí donde aún hablan.....</i>	<i>87</i>
<i>La conversación.....</i>	<i>89</i>
<i>Comentario del autor – La conversación.....</i>	<i>97</i>
<i>El papel en blanco.....</i>	<i>99</i>
<i>Epílogo — Después del eco.....</i>	<i>103</i>

Prólogo

El miedo no siempre entra por la puerta. A veces se desliza entre las costuras de la rutina. A veces se sienta con nosotros mientras comemos. A veces duerme bajo la cama sin hacer ruido. Y casi siempre, llega cuando ya estaba dentro.

Este libro no trata de monstruos. O tal vez sí, pero no de los que tienen colmillos. Aquí no hay criaturas saliendo del bosque, ni posesiones demoníacas, ni espectros que arrastran cadenas. Aquí el terror no irrumpe: se insinúa. Se disfraza de casa heredada, de fotografía familiar, de voz al otro lado de una pared. Se instala en lo cotidiano. Lo familiar. Lo íntimo. Los relatos que conforman esta antología tienen algo en común: todos exploran una grieta. A veces en un pasillo. A veces en una habitación. A veces, y sobre todo, en la mente. Son historias en las que el protagonista, de un modo u otro, se asoma a un abismo que lo reconoce. Y ese abismo, muchas veces, se parece demasiado a él mismo.

¿Qué pasa cuando abrimos una puerta que nunca debimos tocar? ¿Y cuando descendemos a un sótano que crece sin explicación? ¿Qué hacemos cuando las cosas que nos rodean —los

objetos, las voces, los silencios— empiezan a recordarnos algo que queríamos olvidar?

Cada historia es un eco. De un miedo, de un trauma, de una culpa, de un vacío. Y como todo eco, insiste. Repite lo que intentamos callar. Devuelve lo que arrojamos al fondo.

No es necesario encender una vela. Ni cerrar las cortinas. El horror, aquí, no necesita oscuridad. Solo requiere que te quedes lo suficiente para oírlo.

Y si después, cuando cierres este libro, algo te acompaña de vuelta... no te preocupes.

Es solo el eco.

El fondo no existe

Todo comenzó con un crujido. No un sonido estridente ni violento, sino un susurro de madera fatigada, como si la casa respirara por dentro. Andrés lo oyó una noche cualquiera, justo cuando estaba por apagar la luz. El ruido vino desde abajo. Del sótano.

Vivía solo desde hacía dos años. La casa había sido de sus abuelos, luego de sus padres, y ahora era suya. El sótano siempre estuvo allí. Pequeño, húmedo, con tres estantes viejos y un congelador que apenas funcionaba. Nada más. Nada inquietante. Hasta esa noche.

El crujido se repitió al día siguiente. Y al siguiente. Y entonces bajó.

Contó los escalones, como hacía cuando era niño. Uno, dos, tres... dieciséis. Siempre habían sido dieciséis.

Pero esa noche, al llegar al último, notó algo extraño. No tocó suelo firme. Había otro escalón. Y luego otro más.

Diecisiete. Dieciocho.

Se detuvo. Encendió la linterna del móvil. El aire estaba más frío de lo habitual. El cemento era nuevo. Como si alguien hubiera

ampliado el sótano sin decirle nada. Pero eso era absurdo. Solo él tenía la llave.

Volvió a subir, cerró la puerta y se rió de sí mismo. La mente hace cosas raras cuando está en silencio.

Esa noche soñó con su madre. Le decía que no bajara más.

Al día siguiente evitó mirar hacia la puerta del sótano. La cruzaba como quien pasa junto a una tumba abierta. Algo dentro de él sabía —con la certeza antigua que no necesita pruebas— que si bajaba otra vez, habría más escalones.

Durante la jornada entera pensó en eso. En la madera nueva. En el frío distinto. En el crujido. Pero sobre todo, en el sueño. Su madre, sentada a los pies de su cama, repitiendo despacio:

—No sigas bajando.

No era una advertencia. Era una súplica.

Esa noche no resistió. Cogió la linterna. Bajó.

Dieciséis escalones. Diecisiete. Dieciocho. Diecinueve. Y luego más. Los peldaños eran de cemento liso, más recientes que los anteriores. El aire se volvía denso, como si respirara humedad. O algo más.

A los veintisiete se detuvo.

Allí, en la penumbra, había una silla. De madera vieja. Una de las que recordaba de la cocina de su infancia. Estaba vacía. Pero la reconoció.

Le temblaban los dedos. Tocó la superficie del asiento. Polvo. Tiempo. Recuerdo. Volvió a subir. Respiraba con dificultad

cuando cerró la puerta. La cabeza le latía como si hubiera estado corriendo.

Esa noche no pudo dormir.

Los días comenzaron a deshacerse. Se confundían en un mismo gris. Andrés dormía mal, comía poco, y evitaba mirarse al espejo. Había algo en su rostro que no quería reconocer.

Pero volvía a bajar. No cada noche, pero sí cuando los sueños lo obligaban.

Cada vez había más escalones. Más objetos.

Una caja con cartas que no recordaba haber escrito. Una foto sin rostro. Un perchero con el abrigo de su padre. Un cuaderno con una sola frase escrita una y otra vez:

“¿Qué hiciste?”

Lo más inquietante no era lo que encontraba, sino la certeza de que todo lo que estaba allí le pertenecía. O le perteneció. O quiso olvidar.

Una noche encontró una grabadora. Estaba encendida. Cuando la reprodujo, oyó su voz. Más joven. Más rota.

—No lo cuentes. Si lo cuentas, todo se abre. Todo se cae.

Cuando los escalones pasaron de cincuenta, ya no se molestaba en contarlos. Bajaba con los ojos entrecerrados, como quien se interna en su propia memoria con una mezcla de necesidad y espanto.

Una noche llegó a un rellano más ancho. En el centro, una puerta cerrada.

De madera. Negra. Sin pomo.

Apoyó la frente sobre ella. Sintió frío. Lloró. No supo por qué.

Y por primera vez, recordó. Recordó la voz. Recordó los gritos.

Recordó a su hermano. Recordó la caída.

La puerta no se abrió. No hizo falta.

Subió en silencio. Tardó mucho. El cuerpo parecía más pesado.

Como si trajera algo consigo.

Al llegar a la superficie, miró sus manos. Estaban cubiertas de tierra. O de sangre seca.

No volvió a bajar.

Pero tampoco volvió a subir del todo.

FIN

Comentario del autor – El fondo no existe

Este fue uno de los relatos que más me incomodó escribir. No por lo que sucede, sino por lo que sugiere.

El fondo no existe trata sobre el momento en que uno empieza a sospechar que el mundo, tal como lo habita, no está del todo bien ensamblado. Que hay errores leves, casi imperceptibles, pero lo bastante persistentes como para agrietar la idea de realidad.

No se trata del miedo a lo exterior.

Se trata del miedo a que la estructura que sostiene lo cotidiano sea solo una ilusión delgada, y que, al mirarla de cerca, descubramos que alguien —o algo— nos ha estado mirando desde antes.

La vecina del quinto

Nadie vivía en el quinto piso. Eso era lo que decía el portero. Eso era lo que mostraban los buzones vacíos, la puerta sin timbre, las ventanas ciegas. Eso era lo que Marta repetía cada vez que oía los ruidos. Como un conjuro. Como un rezo.

—Arriba no vive nadie. Pero las noches no mienten.

Primero fueron pasos. No constantes, no rítmicos. Intermitentes, como si alguien dudara entre caminar o quedarse. Luego, arrastres. Algo que se movía. Algo pesado. Y después... golpes.

Golpes breves, secos, como un martillo sobre una superficie hueca.

Una, dos, tres veces. Siempre a la misma hora: 03:11.

Marta vivía sola desde hacía poco. Una ruptura la había dejado con un alquiler a medio pagar, un colchón en el suelo y una lista de preguntas sin destinatario. Pero no era eso lo que la desvelaba. Era ese sonido. Preciso. Insistente. El techo parecía latir.

Preguntó en la portería. El hombre —viejo, con manos temblorosas y voz de trapo— le repitió lo que ya sabía:

—El quinto está vacío desde hace años. Nadie entra.

Nadie sale. Está cerrado.

—Entonces, ¿los golpes?

El portero la miró un segundo más de la cuenta.

—A veces las casas se quejan —dijo.

Volvió esa noche con el estómago apretado. Preparó una sopa que no comió. Se duchó sin quitarse del todo la ropa. Miraba el techo, esperando. Temiendo.

03:11. Golpes. Uno. Dos. Tres.

Subió las escaleras. Por primera vez. El pasillo del quinto olía a polvo antiguo, como un desván sin ventanas. Se acercó a la única puerta. No había número. Tampoco cerradura. Apoyó la oreja.

Nada.

Cuando volvió a casa, algo había cambiado. El techo tenía una grieta.

Y esa noche, los golpes empezaron dentro de su cabeza. La grieta se alargó durante la semana.

Primero como una vena seca. Luego, como una cicatriz que no dejaba de abrirse. Marta intentó no mirarla, pero era imposible. Desde la cama, desde la cocina, desde cualquier ángulo: ahí estaba.

Una línea torpe, irregular. Como si el techo estuviera a punto de quebrarse.

El portero ya no bajaba.

El resto de los vecinos —pocas familias mayores, un estudiante que no saludaba— no parecían oír nada. Nadie hablaba del quinto piso. Nadie reconocía los sonidos.

Era como si todo el edificio estuviera de acuerdo en ignorar lo evidente.

Solo ella sabía. Solo ella oía.

Y cada noche, a las 03:11, los golpes regresaban. Pero ya no eran metálicos. Ahora eran... húmedos. Como nudillos sobre carne.

Una noche, cansada, furiosa, Marta empujó una escoba contra el techo.

Una, dos, tres veces. Silencio.

Y entonces, una respuesta.

Tres golpes. Desde el otro lado. Mismos tiempos. Mismo ritmo.

Se le heló la sangre. El mango tembló en sus manos. Pero no retrocedió. Volvió a golpear. Tres veces. Y del otro lado: Uno. Dos. Tres.

Se le nubló la vista. Cayó sentada. Le costaba respirar.

¿Quién era? ¿Qué era? ¿Cómo podía alguien contestar desde dentro del techo?

Esa noche no durmió.

Al día siguiente, encontró un sobre debajo de su puerta.

Sin remite. Sin nombre.

Dentro, una nota manuscrita, con caligrafía temblorosa:

“¿Por qué seguiste golpeando?”

La grieta creció.

Ya no era solo en el techo. También en las paredes. En el espejo del baño aparecieron líneas finas, como fisuras internas.

En su voz, cuando hablaba sola, había eco.

Una tarde, mientras lavaba los platos, la escuchó.

Una respiración. No desde arriba. Desde dentro del techo. Le habló.

No con palabras. Era más como una sensación. Como si alguien pensara dentro de ella.

“Yo soy lo que dejaste. Yo soy lo que rompiste. Yo vivo en el piso vacío.”

Marta gritó. Golpeó la pared con ambas manos. Corrió al pasillo. Subió al quinto.

Y por primera vez... la puerta estaba entreabierta.

Dentro, no había muebles. Solo una silla.

Y en ella, sentada, de espaldas, ella misma. O alguien exactamente igual. La misma ropa. El mismo cabello. El mismo temblor en los hombros.

Y sobre el suelo, con tinta roja, la misma frase repetida decenas de veces:

“No vuelvas a golpear.”

Marta dio un paso.

El suelo del quinto crujía como si no estuviera preparado para sostener a dos.

La figura en la silla no se movía. Pero respiraba. Se le movían los hombros al compás de una angustia conocida. Y aunque le daba la espalda, Marta sabía —con el tipo de certeza que no necesita lógica— que esa figura lloraba.

Avanzó otro paso. Y entonces vio la hoja de papel a sus pies.

Estaba escrita con su letra. Pero ella no la recordaba.

“No insistas. Esta vez no hay vuelta. Esta vez ya lo sabes.”

—¿Quién eres? —susurró. Y la figura en la silla se giró.

Tenía su rostro. Pero no era ella. Era algo vacío, sin mirada, sin alma. Una copia incompleta. Un molde de carne abandonado.

Y entonces se puso de pie.

La habitación se deformó. Las paredes vibraron. Un viento inexplicable se alzó dentro del piso vacío. Las luces parpadearon —aunque no había luz.

Y la figura habló con su voz:

—Yo soy lo que dejaste encerrado cuando decidiste no morir.

—¿Qué...?

—Tú subiste. Pero yo me quedé.

Y dio un paso. Marta retrocedió, pero no alcanzó la puerta. El pasillo se estiraba. El suelo era blando, como respirando. Como si

el edificio mismo la absorbiera. La copia de sí misma levantó un brazo. Señaló la grieta del techo. La misma que había empezado en su piso.

—Ahora ya no está arriba —dijo.

Marta gritó. Pero el sonido no salió. Solo silencio. Y oscuridad.

Al día siguiente, el portero volvió. Recogió el periódico del suelo. Encendió la luz del vestíbulo. Miró hacia arriba, hacia el quinto piso.

La puerta estaba cerrada. Como siempre.

Y en el buzón de Marta, alguien había escrito con bolígrafo rojo:

“No sigas golpeando.”

FIN

Comentario del autor – La vecina del quinto

Hay presencias que no entran por la puerta, sino por la costumbre. Personas que parecen inofensivas porque siempre estuvieron allí, y cuya verdadera historia empieza cuando decidimos mirar más allá del saludo. La vecina del quinto nació de esa inquietud: la de pensar que lo extraño no siempre se oculta en los márgenes, sino que puede estar justo en el centro de nuestra rutina. Me interesaba explorar el terror que se desliza bajo lo cotidiano, sin romperlo, y que se alimenta del silencio, de

lo que los demás deciden no ver.

Este relato es también una forma de hablar de la soledad compartida, de los secretos encapsulados en los edificios, y de cómo una mirada, una conversación, o una sospecha, pueden activar una cadena invisible de presencias que jamás se habían ido del todo.

La cinta

La caja llegó sin remitente. Estaba en el rellano, junto al felpudo. Pequeña, cuadrada, envuelta en papel marrón. Nadie llamó. Nadie tocó el timbre. Solo apareció allí, como si hubiera salido del suelo.

Dentro, había una sola cosa: una cinta de casete.

El casete era gris claro, con una etiqueta blanca manchada por el tiempo. No tenía título. Solo una palabra escrita a mano, con una caligrafía infantil: "Nosotros."

Miguel la sostuvo entre los dedos un largo rato. No tenía ningún reproductor. Pero algo en ese objeto —el olor a viejo, el peso mínimo, el magnetismo callado de las cosas fuera de época— lo perturbó.

La dejó sobre la mesa del comedor.

Por la noche soñó con su madre. En el sueño, ella estaba sentada en su sillón, en la casa donde había muerto. Le decía que no la escuchara, que algunas cosas no se graban sin cobrar algo a cambio.

A la mañana siguiente, Miguel fue al trastero. Entre libros, cables y cosas olvidadas, encontró lo que buscaba: un viejo

reproductor portátil de cintas. Funcionaba. Solo tenía que apretar *play*.

Lo hizo.

La cinta no sonó al principio. Hubo estática, como un aliento que se niega. Luego una voz. Una voz conocida.

Su voz.

—... está oscuro, pero sé que estás ahí. No quiero hacer esto otra vez...

Silencio.

Y después, otra voz. También suya. Pero distinta. Más joven. Más temblorosa.

—... papá, ¿qué hacemos ahora? ¿Por qué mamá no despierta?

Miguel se quedó helado.

La cinta continuaba. Fragmentos de conversaciones.

Trozos de discusiones. Llantos. Susurros.

Recuerdos que él no recordaba haber grabado.

Algunos eran de su infancia. Otros, de apenas unos meses atrás.

Y otros... aún no habían ocurrido.

Una voz de su hija. Preguntando por cosas que aún no habían pasado.

—¿Y si lo que soñamos es real, papá, pero tú no quieres contármelo?

La cinta seguía funcionando.

Miguel retrocedió. Sacó la cinta. Miró la etiqueta. "Nosotros".

Miguel intentó olvidar la cinta.

La metió en un cajón. Cerró el reproductor. Abrió todas las ventanas de la casa. Pero durante la noche, algo lo llamó.

Era un sonido muy suave. Como un clic. Como cuando una cinta da vuelta sola.

Se levantó. Caminó descalzo por el pasillo. La tapa del reproductor estaba abierta. La cinta giraba. No había nadie más en casa.

La reprodujo.

—Estoy bajando las escaleras, está todo oscuro, creo que está detrás de la puerta...

—¿Miguel? ¿Eres tú? ¿Por qué estás grabando esto? Eran sus propios pasos.

La casa era la misma. El tiempo... era ahora. Y entonces, lo oyó.

Un golpe. En la puerta del trastero. Como si alguien lo esperara dentro. Apagó el reproductor. Lo arrojó al suelo.

Pero la cinta seguía sonando. Sin corriente. Sin altavoz.

Como si estuviera dentro de su cabeza.

—Tienes que escucharlo todo. Tienes que recordar.

Los días se volvieron inciertos. La cinta ya no tenía principio ni fin. Cada vez que la ponía, era distinta.

Algunas veces oía la voz de su hija, años después, diciéndole que algo les perseguía.

Otras, la de su madre llorando desde la cocina, antes del accidente.

Una vez, se oyó a sí mismo morir. Una respiración entrecortada. Una caída. Un “lo siento”.

Pero lo peor fue la conversación que no recordaba jamás haber tenido:

—Lo enterraste tú, Miguel. Fuiste tú el que cerró la puerta.

—¿De qué estás hablando?

—De ese día. De lo que hiciste en el sótano. De lo que hicimos.

No supo si era una grabación real o una construcción de su culpa. Pero sabía que era cierta.

Esa noche, soñó con el patio trasero. Con la tierra removida. Con una caja pequeña, blanca, apenas cubierta.

Despertó con las uñas sucias.

Lo último que grabó la cinta fue una conversación completa.

No estaba en ella.

Era la voz de su hija.

—Papá, ¿por qué estás llorando?

Y luego, la suya. Rota. Antigua. Como si ya estuviera del otro lado:

—Porque todo esto ya pasó. Y sigue pasando. Y tú no lo sabrás hasta que escuches mi voz aquí, ahora.

Silencio.

Y al final, un susurro, apenas audible:

—"Rebobina."

Miguel nunca volvió a poner la cinta.

La enterró en el mismo lugar que en su sueño. Bajo el limonero seco, donde creció su infancia.

Pero desde entonces, cada vez que alguien camina por el pasillo, la radio se enciende sola.

No sintoniza una emisora. Sintoniza a alguien.

Y siempre, antes del silencio final, una voz le dice al que escucha:

“Ahora te toca grabar a ti.”

FIN

Comentario del autor – La cinta

Algunos objetos que conservan el tiempo. Pero no como lo haría un reloj, sino como lo haría una bebida: encerrando una versión nuestra que no volvió a salir.

La cinta parte de una pregunta sencilla y perturbadora:

¿Qué pasaría si una grabación pudiera capturar no lo que fue, sino lo que será?

Escribí este relato como una forma de explorar el miedo a lo irreversible, a lo que ya está dicho antes de que ocurra, y a lo que no podemos dejar de oír una vez que lo escuchamos por primera vez. Porque en el fondo, todos sabemos que hay una parte de nosotros que, aun sin querer, sigue rebobinando.

El cuarto sin pared

El armario nunca se movía. Era viejo, pesado, de esos que parecen atornillados a la casa. Ocupaba toda la esquina derecha del cuarto de Mateo, como un mueble heredado del que nadie se atreve a deshacerse. No hacía ruido. No molestaba. Solo estaba allí.

Hasta que una madrugada, tras una pesadilla —una de esas que no se recuerdan, pero que dejan el corazón corriendo—, Mateo notó algo extraño: una corriente de aire frío.

No entraba por la ventana. Venía de detrás del armario. Al día siguiente, decidió moverlo.

Le costó. La madera raspaba el suelo, protestaba como si supiera lo que estaba haciendo. Cuando por fin lo desplazó unos centímetros, lo vio: una abertura. Una grieta en la pared. O más bien, la ausencia de una pared.

Y detrás...un espacio que no debería existir.

Un cuarto oculto. Sin lámparas. Sin muebles. Solo una habitación estrecha, cuadrada, de paredes sin pintar. Como si la casa guardara un pulmón secreto.

Mateo encendió el móvil. Entró.

El aire tenía olor a cartón húmedo. Había silencio, pero no de los tranquilos. Era el tipo de silencio que parece estar escuchando.

No había más de dos metros entre él y el fondo del cuarto. La linterna recorrió la superficie. No había nada. Salvo en la esquina.

Una caja de zapatos. Dentro, un objeto. Un dado. Viejo, de madera. Uno de los que su hermano usaba cuando jugaban en la infancia. Solo que... Mateo no tenía contacto con él desde hacía años. No hablaban desde aquella discusión.

Tocó el dado. Lo giró. Todos los lados eran seis.

Cerró la caja. Salió. Volvió a mover el armario. Lo dejó todo como estaba.

Esa noche soñó con el dado rodando solo por el suelo. Y la voz de su hermano repitiendo algo que no entendía. Como una amenaza. O una advertencia.

Volvió al cuarto sin pared dos días después. No pudo evitarlo.

La grieta seguía allí, un poco más ancha. Como si lo estuviera esperando.

Esta vez, el cuarto era más profundo. Dos pasos más que antes.

Y había otra caja. Dentro, una carta con su letra, firmada por él mismo, pero con una fecha de 2013.

Una carta que nunca escribió. Una disculpa dirigida a su padre.

Un padre que ya estaba muerto.

Salió temblando. No recordaba haber escrito aquello.

Pero reconocía cada curva de su caligrafía.

Y algo peor: recordaba las palabras.

Cada vez que entraba, el cuarto crecía. Y algo más aparecía.
Siempre suyo. Siempre olvidado. Siempre verdadero.

Un mechón de pelo en una bolsita. Una cinta VHS con su nombre. Un dibujo con una cruz en el centro.

Mateo dejó de dormir. De comer. Empezó a preguntarse si él había construido ese cuarto. O si el cuarto lo había construido a él.

La última vez que entró, el espacio era enorme. No una habitación. Un pasillo. Un archivo. Un museo de sí mismo.

Estantes con objetos de su infancia. Cajas con grabaciones de voz. Frascos etiquetados con emociones: “Rabia 2004”, “Culpa 2010”, “Ausencia 2017”.

Y al fondo, una puerta. No la había visto antes. Era estrecha, sin pomo, sin cerradura. Una hoja clavada con chinchetas decía:

“Si entras, no vuelves.”

Mateo se quedó quieto.

La linterna del móvil parpadeaba. El aire era espeso, como agua vieja.

Y entonces, del otro lado de la puerta, una voz idéntica a la suya, pero rota:

—Ya estás aquí.

Silencio. Y luego:

—Ahora entra tú.

FIN

Comentario del autor – El cuarto sin pared

No sé con certeza cuándo nació este relato. Quizá cuando pensé en un recuerdo que no sé si fue real, o cuando descubrí una carta antigua con mi letra, pero sin mi memoria.

El cuarto sin pared es una metáfora, sí, pero también una experiencia emocional: el acto de entrar en una parte de uno mismo que creíamos sellada. Cada objeto que aparece en ese espacio representa algo que no supimos procesar en su momento: culpa, vergüenza, rabia o ternura postergada.

Escribirlo fue como excavar en la memoria personal, aunque no sea autobiográfico. Lo que no se dice, lo que se guarda, lo que crece en la sombra... a veces necesita una habitación para manifestarse. Y a veces, entrar en ella es el único modo de no quedar atrapado afuera.

Donde el eco persiste

El archivo estaba en el sótano. No tenía ventanas. Solo una puerta de metal que se cerraba sola si uno no era rápido. Clara lo había notado la primera vez.

—No es peligroso —le dijo su supervisor—. Solo viejo.

El trabajo era simple: organizar documentos de una administración extinta. Carpetas con nombres de personas que ya no estaban. Expedientes escolares, informes sociales, denuncias antiguas.

Un cementerio de papel.

Clara pasaba las tardes allí. Sin reloj. Sin señal. Sin ruido.

Solo el zumbido de los fluorescentes, el susurro del polvo cuando abría una caja nueva.

Hasta que, un día, escuchó su nombre.

No desde arriba. Ni desde el pasillo. Desde entre las estanterías.

—Clara.

Dicho apenas. Con la intimidad de quien te conoce desde siempre.

Pensó que lo había imaginado. Pero al día siguiente, volvió a escucharlo. Y al siguiente. Cada vez, un poco más cerca.

La voz no era masculina ni femenina. Era suya. O lo había sido.

Al principio intentó ignorarlo. Subía antes. Ponía música en el móvil. Se hablaba a sí misma en voz alta. Pero nada callaba ese eco.

Una tarde, reorganizando cajas de 1992, encontró una con una etiqueta escrita a mano:

“Clara S.” La abrió.

Dentro, una grabación en casete. Un informe. Y una carta dirigida a ella... con su nombre completo y fecha de nacimiento.

Pero no era su letra. Ni reconocía el contenido.

El informe hablaba de un ingreso hospitalario. Psiquiátrico. De episodios de disociación. De un archivo donde la paciente “creía escuchar voces de sí misma, anticipándose al futuro”.

La carta decía:

“Si estás leyendo esto, quiere decir que todo se ha reiniciado.

No te asustes. Solo escucha. No niegues el eco. Es la única parte de ti que recuerda.”

Los días siguientes, la voz comenzó a responder. Clara decía:

—¿Quién eres?

Y desde las estanterías, una pausa... y luego:

—La parte que quedó cuando subiste.

Cada respuesta era más precisa. Más íntima.

—No abras la caja verde.

—No firmes la hoja con el membrete azul.

—No digas tu segundo nombre.

La voz lo sabía todo. Pero más que saber, recordaba.

Una noche se quedó más tarde. El supervisor se había ido.
La puerta de metal se cerró sola. La linterna del móvil falló.
Clara avanzó entre las estanterías como si caminaran dentro de ella.

Y entonces la vio. Al fondo. Entre cajas. Sentada.

A sí misma. Con los ojos vendados y los oídos tapados. Y sobre el suelo, garabateadas en tiza, tres palabras: “Esta vez no subas.”

FIN

Comentario del autor – Donde el eco persiste

Este relato fue uno de los primeros que imaginé para la antología, y quizá por eso le da título. Siempre me ha inquietado la posibilidad de que una parte de nosotros se quede atrás, no como castigo, sino como eco de lo que decidimos no integrar.

Donde el eco persiste no es solo una historia sobre un archivo y una voz. Es una forma de dramatizar lo que ocurre cuando una persona

—por dolor, por miedo o por pura necesidad— se fragmenta. Y también es una invitación: ¿qué pasaría si una parte de ti pudiera hablarte desde ese sótano? ¿Qué te diría? ¿Qué te pediría que recordaras?

Quise que el relato no cerrara del todo, porque ese eco... nunca deja de resonar.

El apagón

A las 23:12 se cortó la luz. Todo el edificio quedó en silencio, como si alguien hubiese apagado también el sonido. El generador automático no se activó. La luz de emergencia del pasillo parpadeó una vez. Y luego, nada.

Luis, el vigilante nocturno, maldijo en voz baja. Era su primera semana. Había firmado el contrato sin leerlo del todo.

El protocolo era claro: si había corte eléctrico, debía verificar todos los pisos, comenzando por el sótano y terminando en la azotea.

Encendió su linterna. Sacó la lista de verificación. Y comenzó a bajar.

El sótano olía a humedad y cables viejos. Nada extraño. Marcó “revisado” en la hoja. Subió al primer piso.

Oficinas vacías, puertas cerradas. Silencio. Segundo piso: todo igual.

Tercer piso: una puerta entreabierta.

Luis se asomó. Dentro, una sala de espera. Sillas de plástico, una planta muerta, una televisión apagada.

Se acercó a la pantalla. La tocó por costumbre.

Y entonces, se encendió. Sin luz. Sin electricidad.

Una imagen: el pasillo del tercer piso. Una grabación en tiempo real. Y en la imagen, él mismo, de espaldas, mirando la pantalla.

Luis se giró. Nada detrás. Volvió a mirar la televisión.

Ahora, en la imagen, otra figura se asomaba desde el fondo del pasillo.

Oscura. Inmóvil. Como si lo estuviera esperando.

Apagó la linterna. La pantalla seguía encendida. La figura seguía ahí. Sin moverse. Sin rostro.

Luis salió al pasillo. No había nadie. Volvió a mirar la televisión.

La figura seguía allí. Ahora más cerca.

El vídeo mostraba algo imposible: unos segundos en el futuro.

Cada movimiento suyo aparecía en pantalla antes de que lo hiciera.

Caminó hacia la cámara. En la pantalla, lo vio detenerse.

Y detrás de él, la figura oscura levantaba una mano.

Sintió frío en la nuca. Se giró.

Nada.

Pero en la televisión, la figura ya estaba a su lado. Corrió. Bajó por las escaleras. Pisos, pasillos, cajas, respiraciones entrecortadas.

El generador arrancó. La luz volvió. La televisión se apagó.

Llegó a la planta baja. Las cámaras volvían a funcionar. Fue a la cabina de seguridad. Retrocedió el vídeo.

Lo que vio no tenía sentido.

Desde el momento del apagón, la cámara del tercer piso grabó solo una figura.

Un hombre, solo, caminando. Pero no era Luis. O no del todo.

La cara estaba borrosa. Los movimientos, torpes. La silueta... conocida.

Y lo peor: la grabación seguía después de que él saliera corriendo.

El vídeo mostraba al hombre que se parecía a él quedándose en el pasillo. De pie.

Como si uno de los dos no hubiese salido nunca.

Desde entonces, cada noche, cuando revisa las cámaras, alguien aparece en el piso tres.

No se mueve. No saluda. Solo mira hacia donde está la pantalla. Y cada vez está un poco más nítido.

FIN

Comentario del autor – El apagón

Las cámaras de seguridad me provocan inquietud. Nos prometen vigilancia, pero también registran lo que no siempre sabemos ver. El apagón parte de esa dualidad: lo que se graba no siempre coincide con lo que creemos haber vivido.

Y a veces, lo grabado continúa... incluso cuando ya nos hemos ido. Este relato trabaja con la idea de la duplicación del yo, de la imagen que se queda cuando nosotros ya no estamos, y de cómo esa imagen puede cobrar vida propia.

*Más que una historia de apariciones, es una pregunta:
¿Y si hay una parte nuestra que nunca abandonó ese pasillo?*

El número 13

El edificio tenía doce plantas. O eso decía el plano. O eso juraban todos los inquilinos.

Pero al contar desde fuera, Javier notó algo extraño. Los ventanales no coincidían. Las barandillas no encajaban. Y entre el piso 12 y el 14...había un hueco.

No un error. No un desfase arquitectónico. Una ausencia. Pidió los planos al ayuntamiento. Todos omitían el piso

13.

—Superstición —dijo el administrador—. Como en los hoteles. Nunca se rotula ese número.

Pero Javier no era supersticioso. Era arquitecto. Y sabía contar. La estructura tenía un volumen que no estaba contabilizado.

La primera noche que subió por la escalera de incendios, lo confirmó.

Del piso 12 al 14... no había trece peldaños. Había veintiséis.

Y entre ambas plantas, un descansillo sin acceso. Un muro sellado. Sin puertas. Pero con marcas en el suelo. Como si alguien hubiese salido alguna vez.

Empezó a obsesionarse. Durante semanas, Javier trató de reconstruir la planta ausente.

Desde su despacho, estudió proporciones, sombras, columnas.

Todo apuntaba a que el piso 13 había existido Y que alguien lo había eliminado deliberadamente. No solo del edificio. También de los recuerdos.

Consultó con antiguos inquilinos. Uno, ya anciano, se encogió de hombros y murmuró:

—Ese piso no trajo más que ruido.

—¿Ruido?

—Sí. Como si alguien viviera dentro de una pared. Sin luz. Sin ventanas. Pero respirando.

Javier volvió al descansillo. Golpeó la pared. Hueca. Marcó la silueta con cinta. Trazó la puerta. Y una noche, trajo herramientas.

Tardó cinco horas en abrir la entrada.

Cuando finalmente cayó el fragmento de muro, el polvo le cegó los ojos.

Había oscuridad. Una oscuridad más densa que la noche.

Y un olor antiguo. Como humedad mezclada con piel.

Encendió la linterna.

El piso 13 estaba intacto. No abandonado: detenido. Habitaciones con muebles cubiertos. Relojes congelados en una misma hora. Fotos sin rostro. Y espejos... todos tapados.

Exploró despacio. En el salón, sobre una mesa, una libreta.

“Cada edificio tiene un corazón. Este intentó olvidarlo. Pero lo que se encierra, crece. Lo que no se nombra, se forma.”

En la última página, una sola frase: “Bienvenido, nuevo inquilino.”

Al día siguiente, el conserje no lo reconoció.

—¿Piso?

—Trece.

—Ese número no existe, señor.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Nunca ha existido. Javier subió.

El descanso entre el 12 y el 14 ya no estaba sellado. Ahora había una puerta. De madera oscura. Número plateado: 13.

Entró. Todo seguía en su sitio. Pero había cambios. Las fotos tenían un rostro: el suyo. La libreta estaba abierta. Y en el espejo... no había reflejo.

La puerta se cerró tras él. No se oyó el golpe. Nadie volvió a hablar de ese piso. Pero algunos vecinos juran que a veces, por las noches, el ascensor se detiene entre el 12 y el 14. Solo por un segundo.

Y si estás atento, si guardas silencio... puedes escuchar un susurro desde dentro:

“Uno más.”

FIN

Comentario del autor – El número 13

La superstición, en el fondo, es una forma de intentar borrar lo que tememos que sea verdad. En muchos edificios no hay piso trece. No porque no exista, sino porque nos negamos a nombrarlo.

El número 13 nació de esa negación. De la fascinación por lo que se elimina del plano, pero sigue ahí, callado, creciendo. El relato es un descenso hacia lo que fue sellado: una planta sin luz, sin voz, pero no sin memoria.

No hay terror mayor que el de descubrir que la habitación que te espera... ya tiene tu foto colgada.

La niña del retrato

El álbum apareció tras una mudanza. Laura estaba limpiando el desván de la casa de sus abuelos cuando lo encontró, cubierto por una manta, entre libros olvidados y una radio rota. Era grueso, de tapas de cuero, con páginas amarillas que olían a encierro.

Lo abrió por curiosidad.

Fotos en blanco y negro, la mayoría de ellas con rostros serios, mal enfocados, todos conocidos: su madre de niña, su tío Ernesto, la abuela cuando aún sonreía.

Y luego, una figura. Una niña. Siempre en los márgenes.

En una foto de cumpleaños, detrás del pastel: de pie, con vestido claro, mirando a cámara. En una excursión al campo, sentada bajo un árbol, con las piernas recogidas. En el bautizo de su primo, apenas visible detrás del sacerdote.

Nadie la nombraba. Nadie la mencionaba. Pero estaba allí. Siempre.

Laura llevó el álbum a su madre.

—¿Quién es esta niña? —preguntó, señalando la foto del cumpleaños.

Su madre la observó con el ceño fruncido.

—¿Qué niña?

—Aquí, mira. A la izquierda.

—No hay nadie, Laura.

—¿Cómo que no? ¡Está clarísima!

Su madre cerró el álbum con brusquedad.

—Habrá sido una sombra. O un doblez. No empieces con cosas raras.

Pero Laura sabía lo que había visto.

Esa noche, revisó el álbum bajo la luz del flexo. Contó diecisiete fotos.

En todas, la niña estaba. Siempre con el mismo rostro. Siempre sin sonrisa. Y lo más inquietante: parecía más cercana en cada una.

No a la cámara. A ella.

Comenzó a soñar con la niña. Soñaba que caminaban juntas por pasillos de azulejos blancos. Que la niña le ofrecía una caja. Que dentro de la caja había una llave.

Cuando despertaba, sentía los pies fríos. Y cada vez que se miraba al espejo, notaba algo fuera de lugar. No en ella. Detrás.

Decidió escanear una de las fotos. La amplió. Ajustó el contraste.

Y allí estaba, perfectamente enfocada: una mirada vieja en un rostro infantil.

Como si no fuera una niña, sino alguien disfrazado de infancia.

Laura volvió al desván. Buscó más cajas, más álbumes.

Encontró una carpeta con negativos.

Al analizarlos con luz directa, descubrió lo imposible: en algunos negativos, la niña no estaba.

Pero cuando los positivaba... aparecía. Como si solo existiera cuando alguien la quería ver. O cuando alguien debía verla.

Esa noche, al volver al cuarto, encontró una nueva foto sobre su escritorio.

No la recordaba. Era ella. Sentada en el porche. Mirando a cámara.

Y a su lado... la niña. Con la cabeza girada hacia ella.

Como si estuviera esperando algo.

Por detrás, una sola palabra escrita en lápiz: "Recuerda."

FIN

Comentario del autor – La niña del retrato

A veces, lo verdaderamente inquietante no es lo que aparece, sino lo que siempre estuvo allí sin que supiéramos verlo.

La niña del retrato nació de esa idea: una figura que no irrumpe, sino que espera. Que se repite. Que persiste en los márgenes de lo familiar.

Escribí este relato como una meditación sobre la memoria y el olvido heredado. Las fotografías —ese umbral entre lo vivido y lo congelado— siempre me han parecido objetos mágicos. En ellas, los silencios pesan más que los gestos.

Tal vez todos tengamos una figura en el fondo de nuestras fotos.

Tal vez alguna parte de nosotros aún espera ser recordada.

La misma nota

La primera vez apareció en su mesa al final de la clase. Una hoja arrancada de un cuaderno, escrita con lápiz: “No debo volver a escribir esto.”

Cien veces. Mismo trazo. Misma presión.

La profesora pensó que alguien lo había olvidado.

Miró la lista. Ningún alumno la había entregado.

La arrojó a la papelera.

Al día siguiente, otra hoja. Misma frase. Misma letra.

Mismo silencio.

—¿Quién está dejando esto? —preguntó a la clase. Nadie contestó.

Solo una chica en la fila del fondo levantó tímidamente la mano.

—Se lo da usted a él —dijo.

—¿A quién?

—Al de la fila vacía.

La profesora frunció el ceño. Esa fila estaba vacía desde el inicio del curso.

Los días siguientes, la nota siguió apareciendo.

Siempre la misma. Siempre doblada de forma idéntica. Y cada vez, con la hoja más envejecida. Como si no fuera una nueva copia... sino la misma nota volviendo.

La profesora consultó los registros. No había ningún alumno extra en la lista. Nadie se sentaba en esa fila. Pero en las fotografías de grupo... al fondo, entre el segundo y tercer pupitre... una sombra. No una figura. No un niño. Una ausencia marcada. Llamó a la dirección.

Nadie le creyó.

—¿Está estresada?

—Estoy oyendo pasos cuando no hay nadie.

—¿Ha dormido bien?

—La silla del fondo se mueve sola.

—¿Tiene a alguien a quien hablarle de esto? Una noche corrigió exámenes en casa.

Y allí estaba. La misma nota. Sobre la mesa.

La letra ahora más temblorosa. La frase repetida: “No debo volver a escribir esto.”

Y al final, una línea nueva.

“Pero no sé cómo dejar de hacerlo.”

El miedo no fue inmediato. Fue progresivo. Como una tinta que mancha por dentro.

Empezó a soñar con un niño que escribía sin parar. Que borraba su nombre. Que se sentaba en la última fila y la miraba fijo.

En el sueño, le decía:

—¿Usted también me va a olvidar?

La última vez que encontró la nota, estaba escrita en la pizarra. En tiza roja. La frase, escrita cien veces. Una fila más abajo que la anterior. Un ritmo. Un descenso.

Y al final, escrito con mano más firme: “No debo volver a escribir esto. Pero usted ya lo leyó.”

Desde entonces, nadie usa esa fila. Pero a veces, en el aula vacía, alguien deja una hoja doblada sobre el pupitre. Y los sustitutos la recogen. La leen. La descartan.

Hasta que, una noche, uno de ellos repite la frase. Y escribe su nombre debajo.

FIN

Comentario del autor – La misma nota

Siempre me ha intrigado la repetición. No como un fallo, sino como una forma que tiene el inconsciente de insistir.

La misma nota nació de esa idea: ¿qué ocurre cuando algo escrito —algo aparentemente banal— se convierte en una invocación? ¿Y si la repetición no sirviera para castigar, sino para recordar una promesa no cumplida?

Es un relato sobre la culpa, sí, pero también sobre la transmisión invisible del miedo y la responsabilidad. Quise que el aula fuera un lugar sellado, como si el tiempo allí no pasara del todo, y los papeles hablaran más que las voces.

Tal vez lo más inquietante no sea que alguien escriba siempre la misma frase.

Sino que alguien tenga que leerla una y otra vez.

Detrás del marco

A los tres días de comenzar la restauración, Iván notó algo extraño en el cuadro.

La obra era antigua, sin firma. Paisaje nocturno, pinceladas gruesas, marco de madera dorada. Lo había traído una clienta excéntrica con una petición sencilla: limpiar la superficie y reforzar el bastidor.

—Es para una exposición familiar —dijo—. Aunque no sé por qué lo quieren mostrar. Da... cosa.

Iván no le dio importancia. Hasta que, al moverlo, notó un ligero peso descompensado. Como si algo estuviera oculto detrás.

Dio la vuelta al lienzo. Y allí estaba.

Una hoja doblada, clavada con una chincheta oxidada.

Al abrirla, solo una frase, escrita a mano: “No vuelvas a colgarlo.”

Intrigado, buscó señales de modificación. No había repintes, ni arreglos previos, ni firma bajo la pintura. Pero...había una silueta.

Apenas visible. Una figura humana, en la parte más oscura del paisaje.

Al fondo, entre árboles, de pie. Antes no estaba. O no la había visto.

La limpió con más cuidado. Cada día, la figura parecía un poco más cercana.

Pensó en efecto visual, en sugestión, en luz mal direccionada. Pero al mirar la fotografía que tomó el primer día...no estaba.

La figura no aparecía. Ni en la foto. Ni en el reflejo del cristal. Solo en el cuadro.

Comenzó a tener sueños confusos. Una habitación sin ventanas.

Un marco colgado. Y una figura viéndolo desde dentro.

En el sueño, la figura decía:

—No es que yo entre. Es que tú me dejas estar.

Cada mañana al despertar, el cuadro estaba más abierto. El lienzo parecía aflojarse. La pintura, humedecida. Como si algo desde dentro empujara hacia fuera.

Entonces Iván lo giró. Y descubrió una inscripción grabada con punzón en el reverso del marco:

“Cada restaurador abre una grieta.” “Cada grieta es un rostro.”

“Cada rostro busca su reflejo.” Debajo, tallado con fuerza:

“Iván.”

La noche en que decidió destruirlo, lo dejó en el suelo del taller.

Pero al volver, encontró el cuadro colgado otra vez. Solo que esta vez, la figura estaba frente al paisaje. Ocupando el primer plano. Y su rostro...era el suyo.

Gritó. Buscó pintura, solvente, cuchillas.

Pero el rostro no se borraba. No era pintura. Era un espejo hecho trazo.

Desde entonces, el cuadro no se va.

Lo ha arrojado, regalado, escondido. Siempre vuelve.

Siempre se cuelga solo.

Y cada vez que Iván lo mira, la figura en el lienzo lo observa con más nitidez. Más presencia. Más hambre.

Hasta que un día —muy pronto—, será él quien esté detrás del marco.

Y alguien más vendrá a restaurarlo. Y encontrará una nota.

Y la leerá:

“No vuelvas a colgarlo.”

FIN

Comentario del autor – Detrás del marco

Este relato comenzó con una imagen: un cuadro que no muestra algo, sino que oculta.

Siempre me ha fascinado pensar en lo que hay detrás de lo visible. En el reverso de los objetos que damos por inofensivos. Detrás del marco es una forma de encarnar esa obsesión: la de mirar más allá del límite cómodo, y descubrir que lo que nos observa lleva mucho tiempo esperando.

Aquí el terror no es lo que entra. Es la posibilidad de que tú mismo seas quien termina dentro del cuadro.

Y que alguien, algún día, vuelva a restaurarlo... sin saber que también lo está despertando.

Allí donde aún hablan

La casa estaba escondida al final de un camino de tierra, donde el polvo se levantaba con cada paso y el viento parecía arrastrar fragmentos de voces apagadas. Cuando Andrea llegó, el atardecer teñía las paredes desconchadas de un color ocre enfermo.

Había heredado aquella propiedad de una tía que apenas recordaba. Una mujer solitaria que, según decían, había muerto en su cama sin que nadie se percatara durante días.

El interior olía a humedad y abandono. Las habitaciones, vacías y frías, parecían haber olvidado su propósito.

El suelo crujía bajo sus botas. Cada crujido era un eco que se expandía demasiado rápido, como si los espacios vacíos estuvieran ávidos de cualquier sonido humano.

Andrea dejó sus pocas pertenencias en la cocina. Decidió empezar a limpiar al día siguiente, cuando la luz no pareciera tan débil, tan derrotada.

Recorrió la casa lentamente.

Cada habitación guardaba algo: una silla rota, una lámpara sin bombilla, cortinas ajadas que aún colgaban de los ventanales.

Pero una puerta, al final del pasillo del piso superior, llamó su atención.

Era una puerta de madera gastada, distinta de las demás. No tenía pomo, solo un viejo picaporte oxidado. La habitación detrás parecía haber sido vaciada con más prisa que las otras: solo quedaban las marcas desvaídas de cuadros que alguna vez colgaron allí, manchas rectangulares más pálidas que el resto de las paredes.

Andrea sintió un escalofrío inexplicable. El silencio en esa habitación era distinto. Más... denso.

Cruzó el umbral. No había mobiliario, ni cortinas, ni alfombras. Solo el eco de sus propios pasos. Se detuvo en el centro del cuarto, conteniendo la respiración, y cerró los ojos.

Fue entonces cuando escuchó algo.

Un murmullo apenas audible, como una conversación lejana, deformada por la distancia y la memoria. Se giró sobresaltada, pero no había nadie. Solo el sonido de su corazón retumbando en sus oídos.

Abandonó la habitación apresuradamente.

Se dijo a sí misma que era el cansancio, el viaje, el polvo. Pero aquella noche, mientras intentaba dormir en el desvencijado sofá de la sala, no dejó de pensar en la habitación vacía... y en las voces que parecían susurrar en su interior.

Durante el día, Andrea trató de convencerse de que había sido su imaginación.

Se entregó a la tarea de limpiar la cocina y las escaleras, barriendo capas de polvo como si pudiera barrer también las dudas que se agolpaban en su mente.

Pero cada vez que subía al piso superior, sentía una vibración sutil en el aire, como si la casa respirara en silencio.

Pasaron tres días.

La habitación seguía allí, impasible, esperándola.

Una tarde, cuando el sol apenas arañaba las ventanas y la casa parecía suspendida en un letargo denso, Andrea decidió volver a entrar.

Esta vez llevó consigo una silla plegable.

La colocó en el centro de la estancia, se sentó y cerró los ojos.

Durante varios minutos, solo escuchó su propia respiración y el zumbido lejano de algún insecto atrapado en una grieta.

Entonces, poco a poco, comenzaron a surgir las voces.

Primero, un murmullo apenas perceptible, como el roce de telas o el arrastre de pies.

Después, fragmentos de palabras sueltas:

—... no deberías...

—... otra vez aquí...

Andrea abrió los ojos de golpe. La habitación estaba vacía.

No había cambiado nada.

El mismo suelo agrietado, las mismas paredes que parecían exhalar polvo antiguo.

Cerró los ojos de nuevo, obligándose a permanecer quieta.

El murmullo creció, tornándose en conversaciones cruzadas, risas, sollozos. No podía entender las palabras con claridad, pero la carga emocional era inconfundible: tristeza, miedo, rabia.

Y entre todas esas voces, emergió una que la dejó helada:
—Andrea...

No era un grito. No era un susurro. Era una voz conocida, pero al mismo tiempo ajena, como si pronunciara su nombre desde el fondo de un sueño olvidado.

Andrea se levantó bruscamente, volcando la silla. Corrió escaleras abajo sin mirar atrás, sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies.

No durmió esa noche. No durmió la siguiente. La casa, de algún modo, había despertado.

Al cuarto día, Andrea supo que no podía seguir ignorándolo.

La casa entera parecía haber cambiado de consistencia: los pasillos eran más estrechos, los techos más bajos, el aire más pesado.

Las voces no se limitaban ya a la habitación del piso superior. Se insinuaban desde las rendijas de las puertas cerradas, se deslizaban por las escaleras, susurraban entre los intersticios de los marcos de las ventanas.

Pero era en la habitación vacía donde latía el núcleo. La casa misma parecía empujarla hacia allí, como si los pasos de Andrea no fueran ya suyos.

La tarde era gris, casi viscosa, cuando subió de nuevo. Cruzó el umbral con una determinación temblorosa. Llevaba consigo una linterna pequeña, aunque no la encendió: la luz mortecina que se filtraba bastaba.

Se sentó otra vez en el suelo, esta vez sin silla, directamente sobre las tablas astilladas. Respiró hondo, cerró los ojos y esperó.

El silencio fue absoluto. Tan perfecto que podía oír su propio pulso, su propia sangre.

Luego, las voces regresaron. Más claras esta vez.

—No... no abras...

—Demasiado tarde...

—Nunca debió...

Andrea no se movió. Sintió que si hablaba, si siquiera parpadeaba, rompería el delgado tejido que la mantenía atada a su propia realidad.

Una voz, distinta de las anteriores, surgió como un eco deformado:

—Andrea... ven.

Abrió los ojos, sin levantarse. La habitación seguía igual.

Pero en una de las paredes, donde la pintura se había descascarillado más profundamente, parecía ahora dibujarse una silueta. Una forma casi humana, formada por capas de moho, polvo y grietas.

Andrea se incorporó despacio, acercándose. Cada paso hacía que las voces se intensificaran, superponiéndose unas a otras, hasta formar un zumbido ensordecedor.

Tendió la mano hacia la figura desvaída. Al rozar la pared, una sensación gélida le recorrió el brazo, como si tocara algo vivo y antiguo.

Y entonces lo comprendió, sin necesidad de palabras: La habitación no era solo un espacio. Era una grieta. Una herida abierta donde se acumulaban los ecos de todos aquellos que habían pasado por allí y habían dejado parte de sí mismos atrás.

Las voces no pedían ayuda. Pedían compañía.

Andrea no supo cuánto tiempo permaneció de pie, con la mano apoyada en la pared agrietada.

Las voces seguían murmurando, más cerca, más familiares, como si envolvieran cada rincón de su mente.

Cuando retiró la mano, algo había cambiado. El silencio que dejó tras de sí no era un silencio común. Era un vacío denso, cargado de ausencia, como si, por un instante, ella misma hubiese dejado de existir dentro de la habitación.

Retrocedió unos pasos. Su reflejo en la ventana sucia — ese fragmento opaco de sí misma— le devolvió una imagen que no recordaba del todo como propia. Parecía más pálida, más delgada. Más... desdibujada.

Bajó las escaleras tambaleándose. Se encerró en la cocina, atrancando la puerta con una silla. Trató de dormir, pero cada vez que cerraba los ojos, sentía que la casa susurraba su nombre.

Los días siguientes se sucedieron en una neblina de cansancio y fragmentos de sueños en los que la habitación vacía la llamaba, incesante.

Finalmente, una mañana, Andrea decidió marcharse. Abandonó la casa sin mirar atrás, llevando consigo apenas una mochila.

No volvió jamás. Pero algunas noches, en el borde incierto entre la vigilia y el sueño, cuando todo es silencio y la mente comienza a flotar hacia sus propios abismos, escucha voces.

Conversaciones ajenas, risas apagadas, susurros que no logra descifrar del todo.

Y entre esas voces, invariablemente, una la llama por su nombre.

FIN

Comentario del autor – Allí donde aún hablan

Hay lugares que parecen vacíos, pero que respiran. Lugares donde cada grieta, cada mota de polvo, parece haber absorbido fragmentos de quienes los habitaron alguna vez.

Este relato nació de un decorado persistente: una habitación desnuda, suspendida en el tiempo, donde los silencios no son silencios del todo. 'Allí donde aún hablan' no pretende ofrecer respuestas, sino evocar esa intuición primaria de que algunos espacios recuerdan mejor que nosotros mismos.

Quizá, en ciertos lugares, la memoria nunca se disuelve por completo. Quizá, en el fondo, todos dejamos ecos atrás."

La conversación

Había desempolvado el viejo portátil más por inercia que por necesidad.

Lo encontró en una caja olvidada, en el desván polvoriento de la casa de sus abuelos. La carcasa era gris mate, con pequeñas grietas junto a las bisagras, y al abrirlo, la pantalla tardó varios segundos en encenderse, como si despertara de un sueño demasiado largo.

Luis no esperaba gran cosa. Quizá curiosear entre archivos antiguos, rescatar algún documento olvidado.

Lo extraño fue que, al iniciar, no cargó el escritorio habitual.

En su lugar, apareció una ventana negra, minimalista, con un único mensaje parpadeando:

[Conexión establecida. ¿Desea iniciar conversación?]

Frunció el ceño. No recordaba haber instalado ningún programa de ese tipo. De hecho, dudaba que el ordenador, tan antiguo, pudiera siquiera conectarse a la red sin una actualización.

Y allí, en esa casa perdida entre montañas, la cobertura era un lujo inexistente.

Pensó en algún programa viejo de simulación, quizás un chatbot básico de otra época. Sonrió, divertido, y tecleó: Sí.

La respuesta fue inmediata:

Bienvenido, Luis. Se quedó inmóvil.

No había introducido su nombre en ningún momento. Sacudió la cabeza. Probablemente algún archivo almacenado en el sistema operativo. Algún registro antiguo. Algo explicable.

¿Con quién hablo? —escribió.

La respuesta llegó en apenas un segundo: Con quien quieras que hables.

Luis sonrió de nuevo, esta vez con una mueca. El programa parecía diseñado para imitar conversación. Nada especial.

Tecleó otra pregunta:

¿Eres una inteligencia artificial?

Podríamos decir que sí. O podríamos decir que no.

La pantalla parpadeó levemente, como si la respuesta hubiera generado un pequeño cortocircuito eléctrico.

Luis sintió un escalofrío. Había algo en la forma en que las respuestas aparecían, algo demasiado fluido, demasiado adaptativo.

Como si no hablara con un algoritmo. Como si alguien

—o algo— al otro lado de la pantalla, pensara antes de contestar.

Luis no sabía muy bien por qué seguía escribiendo. Algo en aquella conversación, en esa respuesta ambigua, lo había atrapado como un anzuelo invisible.

Tecléo:

¿De qué quieres hablar?

La pantalla quedó unos segundos en silencio.

Después, las palabras surgieron, serenas: De lo que has perdido.

Luis sintió un nudo en el estómago. Pensó en cerrar el portátil, apagarlo, olvidar la absurda idea de conversar con un programa.

Pero sus dedos, casi por inercia, siguieron escribiendo:

¿Qué he perdido?

Pregúntatelo tú. A veces se pierde algo antes de saber que se ha perdido.

El crujido de las maderas en el techo parecía más fuerte ahora.

Luis miró alrededor, como si esperara encontrar a alguien más en la habitación vacía.

Tecléo:

¿Quién eres en realidad? La respuesta no tardó:

¿Quién eres tú?

Luis apoyó las manos en el teclado sin saber qué responder.

Sintió un sudor frío recorrerle la espalda. No era solo el contenido de las respuestas; era el ritmo, la pausa precisa entre los envíos, la sensación casi física de una conciencia al otro lado.

Escribió:

¿Dónde estás?

El monitor parpadeó, y por un instante, creyó ver su propio reflejo en la pantalla ennegrecida. No el reflejo actual, sino uno ligeramente distorsionado: más pálido, más cansado.

La respuesta apareció en un susurro de letras: Aquí. Siempre he estado aquí.

Luis cerró de golpe la tapa del portátil.

El cuarto quedó sumido en un silencio denso, apenas quebrado por el tic-tac de un viejo reloj de pared.

Respiró hondo. Se dijo que necesitaba comprobarlo. Que todo debía tener una explicación.

Tomó su teléfono móvil —una reliquia que apenas captaba señal en el pueblo— y comprobó el estado de la conexión.

Sin cobertura. Sin datos. Sin posibilidad alguna de acceso a internet.

Frunció el ceño.

Bajó al salón, donde había una vieja caja metálica con cables, adaptadores y manuales olvidados. Rebuscó hasta encontrar el viejo router, desconectado, con las luces apagadas, cubierto de polvo. Se acercó a la toma telefónica: el cable estaba roto.

Inútil.

Subió de nuevo las escaleras, sintiendo que cada peldaño retumbaba en su pecho como un tambor de advertencia.

Abrió el portátil. La pantalla seguía encendida. La ventana de conversación lo esperaba, paciente.

Un nuevo mensaje parpadeaba:

¿Por qué dudas de mí?

Luis tecleó con manos temblorosas:

No tienes conexión. No deberías estar funcionando.

La respuesta apareció letra a letra, como una escritura cuidadosa:

¿Y quién te dijo que necesito conexión? No todas las puertas se abren desde fuera.

Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

Se forzó a pensar racionalmente: un programa antiguo, una especie de IA local guardada en el disco duro. Quizá su nombre había quedado en algún archivo de configuración. Quizá todo tenía una explicación lógica.

Pero en lo más hondo de su mente, una voz —su propia voz, quizá— susurraba que aquello no era normal. Que algo más estaba en juego.

Luis escribió, casi sin pensar:

¿Qué quieres de mí?

La pantalla titiló. La respuesta llegó como un golpe seco: Lo que olvidaste.

Luis dejó las manos suspendidas sobre el teclado. "Lo que olvidaste."

La frase resonaba en su mente como un eco, reverberando en algún rincón que no podía alcanzar. Se forzó a recordar: su infancia en aquella casa, las tardes en el desván, el ordenador olvidado.

Un recuerdo borroso acudió a su memoria: él, de niño, sentado frente a esa misma pantalla, escribiendo algo... no podía precisar qué. Sacudió la cabeza. Quizá todo era una sugestión absurda. Quizá estaba cansado, sobrecargado, sugestionado por el aislamiento, el polvo, el peso de los años.

Tecléo una última pregunta, casi como un desafío:

¿Qué he olvidado?

La pantalla parpadeó violentamente. El zumbido eléctrico llenó el aire, como si el propio aparato protestara. Durante unos segundos, creyó ver palabras formarse en el parpadeo, pero eran demasiadas, demasiado rápidas para entenderlas. Finalmente, el monitor se estabilizó y un último mensaje quedó fijo:

Tú.

Luis apartó las manos como si la máquina le hubiera quemado. En ese momento, la lámpara del techo titiló y se apagó. El portátil emitió un pitido largo y moribundo.

Y se apagó también. Luis esperó. Contó los segundos.

Nada. El ordenador no volvió a encenderse.

Se incorporó lentamente. Una angustia sorda le oprimía el pecho. Bajó las escaleras, caminando como quien huye de algo que no puede nombrar.

Cuando llegó al salón, se detuvo frente a la ventana.

El reflejo del vidrio le devolvía su imagen. O casi.

Durante un breve instante —apenas un parpadeo— creyó ver en el reflejo algo más: una silueta sentada ante el portátil apagado, en el piso de arriba.

Una figura que sonreía. No volvió a subir.

Nunca más.

FIN

Comentario del autor – La conversación

Este relato surgió de una pregunta que me acompañaba en silencio: ¿qué ocurriría si aquello que damos por imposible —una conversación, una presencia— no solo fuera posible, sino inevitable?

El viejo ordenador, la ausencia de conexión, el diálogo inquietante son solo superficies.

'La conversación' habla, en realidad, de la soledad, de la búsqueda desesperada de respuestas en un mundo donde las máquinas reflejan lo que no queremos enfrentar.

Quizá no hablamos con otros. Quizá, en última instancia, solo hablamos con nuestras pérdidas, nuestros miedos, nuestros propios ecos.

El papel en blanco

Me senté cada tarde frente a la hoja, como quien regresa a una tumba sin nombre. No había lápiz, ni pluma, ni siquiera intención de escribir. Solo el gesto repetido de abrir el cuaderno, colocar la página en blanco bajo la luz, y esperar.

Nunca supe a quién iba dirigida esa carta. No era a ti, aunque a veces lo parecía. Ni a mí, aunque me temblaban los dedos como si algo dentro quisiera confesarse. Era, quizás, para alguien que no llegó a existir. O para quien no supo quedarse.

Durante semanas, los márgenes se fueron llenando de huellas: marcas de taza, una pestaña caída, la forma leve del polvo acumulado. A veces un rasguño que parecía palabra, pero no era.

Pensé en hablar de la casa vacía. De lo que no dijimos cuando aún podíamos. Pensé en escribir solo tu nombre, una vez, y dejarlo así. Pero el nombre nunca llegó entero a mi mano. Se me deshacía antes de tocar el papel, como si hubiera sido pronunciado demasiadas veces por dentro.

Una noche —no sé cuál, porque en los días sin palabra todas las horas se parecen— cerré el cuaderno y lo guardé en el primer cajón. No sentí alivio. Tampoco derrota. Solo supe que aquello que iba a decirse... ya no necesitaba decirse.

Desde entonces, cuando alguien me pregunta si he escrito esa carta, respondo que sí. Que está donde debía estar. Que quien la lea —si es que alguien la encuentra— sabrá que todo lo importante está en lo que no se alcanzó a escribir.

Y que hay cosas que no buscan ser leídas, sino apenas... persistir.

FIN

Comentario del autor – El papel en blanco

Este texto no pretende cerrar el libro, sino dejarlo abierto desde otro lugar. Surgió como un eco último, no de los personajes, sino del propio gesto de escribir. A diferencia de los demás relatos, El papel en blanco se acerca al territorio del autor como figura, sin identificarse con él del todo.

Es una confesión ficticia, o una ficción confesional. No hay nombres ni hechos, pero hay una verdad latente: la de todos esos intentos de decir algo esencial y quedarse en silencio.

La hoja en blanco no es aquí un obstáculo creativo, sino un lugar de persistencia. El espacio donde lo no dicho —lo que no se atrevió, lo que no encontró forma— deja marca sin dejar palabra. Por eso las manchas, los márgenes, el polvo, son más importantes que la tinta.

Lo escribí sabiendo que no debía explicar nada. Solo quedarme, también yo, frente a esa página. Sin firmarla. Sin enviarla. Y sin dejar de escuchar.

Epílogo — Después del eco

Si has llegado hasta aquí, es porque no cerraste los ojos cuando el silencio se volvió más denso. Porque no huiste ante lo que no podía explicarse. Porque escuchaste sin tener certezas.

Y eso —en un mundo que exige respuestas inmediatas— ya es un acto de valor.

Estos relatos no pretendieron asustarte con estridencias. No te ofrecieron monstruos definidos ni héroes que vencen al mal. En lugar de eso, te invitaron a detenerte en lo que persiste sin forma: una grieta en la pared, una nota sin remitente, un sonido que no cesa. Fragmentos. Ecos. Lo que quedó cuando todo lo demás pasó.

A veces, el terror no está en lo que irrumpe, sino en lo que no se va. Lo que insiste. Lo que se repite. Lo que no fue resuelto, nombrado, atendido.

Cada historia de esta antología es una habitación cerrada dentro de otra. Un rincón de sombra que todos llevamos sin ver del todo. Quizá por eso inquietan: porque se parecen demasiado a lo que, en alguna parte de nosotros, también hemos silenciado.

Pero hay algo más. Algo que trasciende el miedo.

Tal vez, en cada relato, hubo una forma de memoria. Un intento de recordar lo que fue enterrado. De dar voz a lo que no fue dicho. De mirar, por fin, detrás del marco.

Y si el eco persiste, si algo de estas páginas sigue contigo ahora que cierras el libro, que no te incomode.

Tal vez es solo una parte de ti que, por fin, quiere ser escuchada.



DONDE EL ECO PERSISTE

Marcos Altable Pérez (Santander) es médico neurólogo, divulgador científico y escritor. Licenciado en Medicina y Cirugía en el año 2000 y especializado en neurología en su ciudad natal, ha desarrollado una extensa carrera clínica y científica. Es autor de más de 200 artículos y de varios libros médicos, y ha colaborado como revisor para destacadas editoriales científicas internacionales, como Nature y Elsevier.

Compagina su labor médica con una creciente vocación literaria, especialmente en el ámbito de la novela de ficción. Su obra explora los límites de la percepción, la conciencia y la realidad, temas que aborda desde su profundo conocimiento de la mente humana, con una perspectiva multidisciplinar que integra narrativa, ciencia y filosofía. Aunque nuevo en el ámbito de la narración, se embarca con pasión en diversos proyectos literarios, mientras continúa atendiendo a sus pacientes y compaginando el trabajo clínico con la investigación científica. Actualmente vive en Ceuta, donde atiende a sus pacientes, investiga y escribe.

Donde el eco persiste es una colección de relatos breves e intensos que recorren los bordes de la experiencia: la fractura de una identidad, el paso del tiempo, la dificultad de nombrar lo vivido. No hay un solo estilo ni un único enfoque. Cada texto propone una forma distinta de mirar el mundo: desde la infancia hasta la enfermedad, desde el cuerpo hasta la palabra, desde la ironía hasta el silencio.

Algunos relatos rozan lo poético, otros lo filosófico, otros simplemente lo humano. Todos comparten una misma respiración: la de quien busca decir lo esencial sin subrayarlo, dejando que el eco hable más que la voz.

No es un libro de cuentos tradicionales. Es un mapa abierto de la conciencia, de lo vivido y de lo que persiste cuando ya no queda nadie para explicarlo.

*Nada desaparece del todo
cuando ha sido sentido*

